

DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar: *El trabajo de las mujeres en el textil madrileño. Racionalización industrial y experiencias de género (1959-1986)*. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2001. 355 pp. (XI Premio Victoria Kent).

Hasta hace no demasiado tiempo parecía que los conceptos trabajo y mujeres no casaban muy bien en la historiografía. El modelo de varón obrero se imponía a la hora de estudiar tanto el trabajo en la Historia como la historia del movimiento obrero. No obstante, se ha estado produciendo recientemente una revisión de los conceptos de clase, trabajo y mujeres gracias a la introducción del concepto de género, que nos ayuda a entender mejor tanto el mundo de los trabajadores y las trabajadoras, como la sociedad en general.

En este contexto habría que integrar la obra de Pilar Díaz Sánchez, una investigación que nos habla de la experiencia de las mujeres trabajadoras en la industria textil-confección madrileña desde sus inicios, prácticamente en la década de los años 60, hasta 1986. Y como la experiencia laboral femenina no aparece habitualmente constatada en las fuentes tradicionales, la autora acude a las fuentes orales, a los “relatos de vida”, gracias a los cuales puede poner en relación los ámbitos públicos y privados y elaborar un cuadro realmente magnífico de las experiencias de las mujeres trabajadoras del textil.

Una experiencia que, por fuerza, ha de ser diferente a la de los varones, pero no por ello menos importante ni para el desarrollo económico español ni para la lucha por los derechos de los trabajadores y las trabajadoras en los años finales del franquismo.

Por lo tanto, el eje vertebrador de la obra, a mi juicio, sería la dialéctica entre la experiencia de clase, laboral, y la experiencia de género. Esto es fundamental porque, como se plantea a lo largo de estas páginas, el género influye en la experiencia laboral de estas trabajadoras de manera determinante.

Por un lado, las empresas van a aprovechar una cualificación aprendida en el seno de la familia, pero no la van a reconocer porque no la van a considerar cualificación, precisamente por haber sido aprendida en el hogar. De esta manera la retribución de las trabajadoras siempre va a ser baja y, además, siempre inferior a la de los varones que trabajan en la empresa (una minoría) en categorías siempre superiores a las mujeres aunque, de hecho, el trabajo en muchas ocasiones fuera similar. Por otra parte, las empresas van a utilizar la segregación sexual del trabajo para que los varones (a los que pagan más si se mantienen fieles a la empresa) controlen a la gran masa de

mano de obra femenina. Finalmente, las empresas también van a utilizar la institución de la “dote” para mantener una mano de obra femenina joven y subcualificada.

Por otra parte, la familia será la que frene los intentos de las hijas por llevar a cabo una labor reivindicativa en los lugares de trabajo. Este freno a la concienciación política de las hijas es fruto del miedo, pero sobre todo, de la asunción por parte de los padres principalmente de las actitudes tradicionales respecto a los modelos de comportamiento femeninos, porque, de hecho, la actividad militante rompe con las normas de género vigente. Y la situación en las fábricas, como señala la autora al estudiar la implantación de la Organización Científica del Trabajo en los talleres textiles madrileños, era lo suficientemente dura y denigrante como para que las reivindicaciones aflorasen, primero con peticiones de mera supervivencia e higiene, después, en relación con las distintas fases del conflicto en el textil, con reivindicaciones de todo tipo.

Estas reivindicaciones se produjeron, pese a un evidente retraso en la incorporación del textil a la lucha obrera por una serie de causas: una mano de obra mayoritariamente femenina y muy joven, con falta de tradición en la lucha, una resistencia a la organización por la represión familiar ya señalada, y el carácter masculinizado de los sindicatos (p. 215). La lucha de estas mujeres en los años 60 estuvo identificada con la lucha de la clase obrera madrileña, como era consigna de los sindicatos, pero éstos descuidaron las reivindicaciones de las mujeres que tenían otras necesidades en función del género. Considero a este respecto sumamente esclarecedora la siguiente cita de la autora que, a mi juicio, sintetiza perfectamente esta realidad: “se puede demostrar que sí hubo un alto nivel de conflictividad, que las mujeres lucharon contra la «dependencia familiar», tomando conciencia de la explotación y revolviéndose contra la educación sumisa a que se ven sometidas por su condición de género, y por último que los sindicatos más organizados postergaron las reivindicaciones más específicas de las trabajadoras en aras de una mayor convergencia con el movimiento obrero general y en consecuencia el alto precio que éstas tuvieron que pagar por ello en estos años y en años posteriores, fue muy superior al de los trabajadores varones” (p. 239).

Pero, si la educación de género marca las posibilidades de actuación en el ámbito laboral, la experiencia en el taller marca las vidas de las mujeres que acceden a una cultura del trabajo y a una identidad de clase. Las mujeres utilizan el taller para escapar del modelo de género dominante manteniendo posturas independientes. Se establecen lazos de solidaridad femenina y una autoafirmación de las jóvenes como trabajadoras, lo que a muchas les permite renunciar al matrimonio como opción personal. En líneas generales, a través de los testimonios, se ve cómo este trabajo duro y mal pagado no aliena a las mujeres sino que les otorga independencia y libertad (p. 309). La autora se

pregunta por el alto grado de aceptación de un trabajo penoso y denigrante, y se encuentra que, pese a la valoración positiva que las muchachas realizan de la labor de sus madres, huyen del modelo que éstas representan. Las madres de las trabajadoras del textil madrileño han asumido la doble jornada, el trabajo en el hogar del ama de casa tradicional sumado al trabajo a domicilio cosiendo o como mujeres de faenas en otras casas. Por lo tanto, estas mujeres huyen de un trabajo "invisible", no reglamentado y no reconocido.

De nuevo, y como síntesis general de este estupendo libro, se pone de manifiesto la dialéctica entre el género y la clase, entre el ámbito privado y el público, para acercarnos a una comprensión más completa de este periodo histórico.

M.^a del Carmen Muñoz Ruiz
Universidad Complutense de Madrid

ESCORIZA MATEU, Trinidad: *Mujeres y Arte Rupestre Levantino del Arco Mediterráneo de la Península Ibérica*. BAR International Series 1082. Oxford: Archaeopress, 2002.

Este libro parte de la firme intención de ser no sólo una simple recopilación de imágenes de mujeres ampliamente ocultadas en el arte levantino (proyecto que por si mismo ya hubiera sido una valiosa aportación en el conjunto de la literatura sobre arte rupestre en España), sino que supone una declaración de intenciones de lo que la autora cree que debe hacerse en los estudios sobre las mujeres en las sociedades prehistóricas; representa la última fase de una ruptura personal y profesional con una arqueología establecida y androcéntrica. Esta es, ya desde el principio, la aportación más relevante y generosa del libro: la intención de hacer las cosas de manera distinta, de mirar el registro arqueológico desde otra perspectiva, eso sí, siempre desde una postura ideológica y política clara, consciente de la necesidad de cambio, de la denuncia de situaciones injustas tanto en el presente como en el pasado y con una intención de reelaborar conceptos, de articular ideas para cambiar el futuro; elementos que suponen la verdadera utilidad de la Historia.

Para ello, la autora utiliza el conjunto de figuras femeninas del arte rupestre levantino del arco mediterráneo de la Península Ibérica, partiendo de la base de que el poder de la imagen, su conceptualización simbólica y su utilización como justificación de determinada ideología ha sido uno de los problemas para la valoración de la imagen de las mujeres en estas representaciones.

La posibilidad de sexuar el pasado es cada vez más factible gracias a los estudios osteológicos y genéticos, pero también debido a una nueva mirada hacia las actividades realizadas por los individuos, ya que si bien es imposible sexuar objetos, es decir, determinar por el objeto en sí mismo si fue producido o utilizado por mujeres o por hombres, sí que es posible reevaluar determinados trabajos para darles el valor que merecen. Igualmente, una nueva perspectiva de estudio sobre las representaciones, ya sean pictóricas o escultóricas puede ayudarnos a valorar a mujeres y hombres por igual, teniendo en cuenta no sólo lo que se representa sino también todo aquello que no aparece en la imaginería (ocultación, cancelación o imposición).

El cuerpo teórico en el que la autora se basa parte del materialismo histórico pero con la incorporación de nuevos conceptos, contando con las aportaciones del materialismo feminista, y la introducción de conceptos tales como la Producción de Cuerpos o la Producción de Mantenimiento, que forman parte de la vida social tanto como la Producción de objetos (obtención y procesado de alimentos y producción de útiles para el trabajo, consumo o uso) definida por el materialismo histórico. El reconocimiento de la producción de cuerpos significa “considerar la reproducción biológica como un proceso de trabajo específico, necesario y del que se beneficia toda la sociedad” (p. 18). En cuanto a la producción de mantenimiento, se refiere a la necesidad de mantener en buen estado a los objetos y a los sujetos con una “inversión de trabajo que generalmente ha pasado desapercibida y no se ha valorado en su alcance real” (p.18). Estos tres tipos de producción se manifiestan en dos esferas, la económica y la político-ideológica, en espacios domésticos y extradomésticos, y deben de tener su reflejo en manifestaciones tales como las representaciones figurativas del arte rupestre. Para plantear una discusión tan relevante como es la representación de los cuerpos humanos en el arte rupestre, la autora recalca la necesidad de ser consciente del cuerpo y de las diferencias entre los sexos no sólo desde su vertiente fisiológica sino también con las connotaciones de pensamiento que conllevan estas características.

Antes de pasar a analizar las representaciones rupestres la autora realiza un repaso por las distintas hipótesis que han sido elaboradas para el análisis de estas imágenes, para construir una nueva teoría que englobe conceptos que no han sido tenidos en cuenta. Además analiza los distintos debates abiertos tanto en la interpretación como en la seriación cronológica y extensión geográfica, las características de estas representaciones (técnicas, tamaños, colores...) o la forma en la que se han documentado y publicado las pinturas rupestres del área levantina. Igualmente realiza un estado de la cuestión acerca de cómo se han visto e interpretado las figuras femeninas y masculinas, con las figuras de mujeres vistas como estáticas, pasivas, sin relación con ninguna actividad productiva, y señalando algunas de las “perlas” interpretativas

que se han escrito con respecto a la aparición de las figuras femeninas en estas representaciones.

En su análisis de las pinturas rupestres levantinas, la autora escoge aquéllas en las que aparece la figura femenina. consciente de que las figuras masculinas merecen igualmente un análisis bajo nuevas perspectivas, pero considerando que el colectivo femenino ha estado más arrinconado por la investigación tradicional. El cuerpo central del volumen es una de las partes más reveladoras e interesantes, ya que analiza las figuras de mujeres poniéndolas en conexión con las actividades que estaban realizando. La división sexual del trabajo no significa necesariamente una situación de explotación y dominio por parte de los hombres, sino que ambas aportaciones deben ser consideradas como trabajos indispensables y complementarios. En las representaciones del arte rupestre levantino, las mujeres aparecen en actividades relacionadas con la producción y el mantenimiento de objetos y sujetos.

En lo que se refiere a las actividades relacionadas con la producción y el mantenimiento de objetos, las categorías analizadas son: la caza, las actividades relacionadas con la siembra-recolección-cosecha-campo, el trepar para recolectar, monta y/o domesticación animal, el pastoreo, el transporte y el trabajo con objetos y/o producción de útiles. En su estudio destaca no sólo la inclusión de mujeres en actividades que siempre les habían sido negadas desde los estudios tradicionales, tales como la caza, como la participación de la mujer en actividades que hasta ahora o bien no habían sido tenidas en cuenta o bien eran explicadas como escenas de carácter ritual o danzas (trabajos agrícolas, pastoreo). Por otra parte, la autora analiza también las escenas relacionadas con el mantenimiento de sujetos, englobadas habitualmente en la esfera de lo doméstico y relegadas por tanto por la investigación a actividades de segunda categoría; en estas escenas aparecen mujeres relacionadas con niñas y niños. Pero además la autora analiza otro sector de estas representaciones que entraría dentro de las actividades político-ideológicas, actividades en las que la mujer no ha sido normalmente incluida desde la perspectiva tradicional; aparecen así mujeres en parejas o en grupo, que muy al contrario de cómo se las ha considerado, pasivas o sin actividad representan para la autora una manera distinta de ser y estar de la mujer.

Un libro sumamente interesante y estimulante que consigue lo que la autora pretende: no sólo describir y hacer visibles a las mujeres sino “analizar cómo se muestra la participación del colectivo femenino en relación a la vida social”.

Margarita Sánchez Romero
Universidad de Granada

IN MEMORIAM**BEGOÑA ARETXAGA EN EL RECUERDO**

La antropóloga donostiarra afincada en Estados Unidos Begoña Aretxaga, a los 42 años de edad, cerró prematuramente el ciclo de su vida en Austin (Texas) el 28 de diciembre de 2002, dejándonos como legado un sugestivo camino, el que había iniciado como pensadora en el marco de la antropología, abierto ahora a nuevas incursiones. A partir de ese día, tal vez con más garra debido a la conmoción que nos ha producido su muerte, sus ideas han seguido estimulando, desde la letra impresa, la reflexión de quienes compartimos con ella la pasión por desentrañar los mecanismos de funcionamiento de la sociedad, el afán por avanzar en el conocimiento de las fuerzas objetivas y subjetivas que actúan sobre nuestro destino personal y colectivo. Así mismo, su obra —más conocida en Estados Unidos que en España—, en la medida en que vaya siendo convenientemente traducida y divulgada, podrá continuar enriqueciendo aspectos importantes del debate en la ciencia social y la historiografía; en particular aquellos que, de forma recurrente, giran en torno al juego entre dos variables: el poder de los sistemas sociales para condicionar nuestra existencia, y nuestra capacidad para, a pesar de todo, actuar conscientemente y producir en ellos transformaciones.

Begoña Aretxaga inició su aprendizaje en la Universidad del País Vasco y en los años ochenta se trasladó a Estados Unidos para realizar la tesis doctoral. Fue en ese país donde desarrolló su vida profesional, ejerciendo como profesora durante los años noventa en los departamentos de antropología de las Universidades de Princeton (1992-93) y Harvard (1993-99) y, en los últimos años, en las de Chicago y Texas-Austin. En la Universidad de Princeton, durante el curso 1990-91, contó con la beca honorífica Harold W. Dodds, y en la Universidad de Harvard, su tesis doctoral fue recomendada en 1994 al premio Hoopes. Siempre con la idea de regresar al País Vasco, referente constante y protagonista de una parte importante de sus investigaciones, ganó por oposición una plaza en el *campus* de San Sebastián, que finalmente decidió no ocupar. Colegas de las universidades estadounidenses y el diverso alumnado al que enseñó le han dedicado homenajes póstumos muy sentidos, reconociendo la importancia de sus aportaciones como investigadora y como profesora, a pesar de su juventud.

El género y la violencia política fueron las coordenadas en las que situó sus investigaciones, con especial atención a los aspectos subjetivos más que a los objetivos; consecuencia lógica esta última del momento histórico

postmoderno que estamos viviendo en las últimas décadas, de su propio interés por la psicología, y acorde también con el punto de vista preferente en su campo de estudio. Dentro de él se adscribió a la corriente de la antropología que, abandonando el interés tradicional por culturas antiguas y exóticas, se preocupa por realidades cercanas en el tiempo y en el espacio, comprometiéndose con ellas.

Respondiendo a este compromiso, sus primeros trabajos versaron sobre temas vascos de actualidad, y enseguida, tal vez para tomar cierta distancia y seguir reflexionando sobre ellos de forma contrastada, eligió Irlanda, y en concreto la convulsa sociedad de Irlanda del Norte, como contexto de su tesis doctoral, publicada por la Universidad de Princeton, en 1997, con el título: *Shattering silence: women, nationalism, and political subjectivity in Northern Ireland*. Una de las líneas de investigación de esta tesis fue la capacidad del feminismo para actuar en el entramado de las relaciones de poder establecido por el género, la clase social y el nacionalismo, sobre el telón de fondo de la violencia política que, precisamente cuando ella estaba en la fase de publicación de su trabajo, parecía cerrar un ciclo histórico con la tregua decidida por el IRA en 1994 y los tratados de paz posteriores. Otra de las búsquedas de su análisis, en estrecha relación con la anterior, fueron los aspectos subjetivos del compromiso político de las mujeres en el nacionalismo radical irlandés, que le llevaron a subrayar la diferente forma en que mujeres y hombres experimentan su actuación como sujetos políticos.

En el transcurso de este estudio, y desde su disciplina, estableció una relación particular con la historia. Al principio, obligada por las dificultades para obtener información de actualidad —derivadas del virulento enfrentamiento armado— hubo de remitirse al pasado en sus encuestas y entrevistas, pero pronto descubrió que este recurso cumplía otra función, que el presente y el pasado están estrechamente relacionados y que no pueden ser comprendidos el uno sin el otro. De esta forma, antropología e historia pusieron en común sus instrumentos para acercarnos a la comprensión de la práctica política de las nacionalistas radicales irlandesas, ofreciendo un valioso ejemplo de integración interdisciplinar.

A la obra sobre las nacionalistas irlandesas acompañaron y siguieron artículos teóricos y prácticos de mucho interés. Con uno de ellos, traducido posteriormente en *Bitarte. Revista cuatrimestral de humanidades*, Vol. 5. 13, Begoña Aretxaga recibió el Premio de Ensayo Stirling 1993, concedido por la *Society for Psychological Anthropology*; con otro, colaboró en *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, Vol. 3. 2. También volvió a centrar su atención sobre el tema vasco en una investigación de gran envergadura que no pudo acabar, pero en torno a la que publicó valiosos artículos y que, probablemente, veremos publicada tal como quedó. También sus artículos dispersos están siendo reunidos y traducidos, rescatándolos así de los restrin-

gidos círculos especializados para que puedan ser conocidos por sectores más amplios. Esperemos que lo mismo ocurra con su tesis doctoral, especialmente interesante desde el punto de vista de los estudios sobre las mujeres; así como con su tesina de licenciatura, una reflexión —lógicamente breve y con las características propias de los estudios iniciales—, sobre el papel simbólico tradicional desempeñado por las mujeres en los funerales celebrados por el nacionalismo radical vasco durante la Transición. En ella dejó en el aire un interrogante que la historia del feminismo puede recoger hoy, y que versa sobre la vía de resolución de las contradicciones surgidas en ese contexto político, entre el carácter dominante de la función simbólica tradicional femenina, y las aspiraciones feministas a actuar políticamente desde una posición de sujetos.

Esta posición de sujeto, de individuo con capacidad de decisión consciente guiada por el conocimiento que, con nombres más o menos técnicos, acuñados por las ciencias sociales, vemos aparecer una y otra vez en las preocupaciones intelectuales de Begoña Aretxaga, formaba también parte de sus objetivos vitales y siempre se puso de manifiesto en su actuación. Luchó con la enfermedad hasta el final, como siempre había hecho frente a todos los desafíos, y murió con dignidad, rodeada de su familia y en el hermoso lugar que eligió. Su obra, y también su vida, hará imposible que la olvidemos.

Merche Ugalde Solano
Universidad del País Vasco